

Ve allá, a quién sabe dónde.

Versión de Eesha Sardesai

El agricultor recolectaba y prensaba aceitunas. Trabajando concentrado en su labor, la fragancia aromatizaba sus manos, brazos, todo su cuerpo. El sol caía sobre el horizonte. Antes de que la luz del cielo desapareciera por completo, el campesino se detuvo y miró hacia su huerto; las ondulantes colinas, los árboles de olivo, la cabaña donde vivía con su esposa. Era, estaba convencido, el rincón más hermoso del mundo.

— ¡Emilio! — Su esposa, Helena, le llamaba desde la cabaña. — Emilio, ven rápido. Mira quién vino a vernos.

Al ir camino colina abajo, Emilio pudo ver un carruaje de caballos. Una bandera de seda morada ondeaba en la parte trasera del carruaje. Lucía la insignia real.

Emilio alzó la ceja sorprendido. — *¿El rey?* — Pensó. — *¿Visitando nuestro huerto?* Apresuró el paso. En efecto, conforme se acercaba a la cabaña, pudo ver que, en verdad, era el rey.

— Su Majestad — dijo Emilio. — *¿A qué debemos este honor?*

— Buen día, Emilio — dijo el rey. — Tu esposa — dijo, señalando a Helena de pie a un lado — estaba platicándome acerca su huerto. Iba pasando en mi carruaje y no pude sino admirar su belleza.

Gracias, su Majestad — respondió Emilio. — Sí. Cultivamos aceitunas y cada año vendemos el aceite en el mercado.

El rey echó un vistazo al huerto, sus ojos se detuvieron en algunos barriles de aceite de oliva que reposaban cerca. El aceite era como oro líquido, su fragancia

circundante creaba una atmósfera dulce. El rey había oído innumerables aceites exóticos en su vida, pero nunca había encontrado nada como esto.

El rey se dirigió de nuevo a Emilio y Helena. —Me gustaría tener esta tierra — anunció —y todos los olivos y aceite que se producen aquí.

Emilio estaba desconcertado. —Lo, lo siento mucho, su Majestad —dijo —pero no puedo darle esta tierra.

—¿Qué quieres decir con que no puedes darme esta tierra? —dijo el rey, incrédulo. No estaba acostumbrado a que se le negara un deseo.

—Su Majestad, este huerto ha permanecido en mi familia por generaciones. Es nuestro hogar. No puedo dárselo. Por favor, si hay alguna otra cosa que pueda hacer por usted, cualquier otra cosa, lo haré gustoso.

El rey guardó silencio por un momento. —Por supuesto que podría apoderarme de esta tierra —dijo para sí. —Después de todo, soy el rey. Pero entonces pensó en todas las acusaciones de tiranía como resultado de eso, serviría de aliciente para la crítica de sus enemigos. No, no, tendría que actuar de una manera más inteligente.

—Te voy a decir algo: si no me das tu plantación de olivos, deberás trabajar en mis tierras durante un año. Trabajarás y llevarás a cabo cada tarea que yo te asigne durante un año.

Emilio aceptó este mandato, y a la mañana siguiente se fue a los terrenos del palacio.

Y cuando llegó, lo que vio lo hizo casi gritar de desesperación. Todos los troncos de los árboles se veían angostos y enfermos, sus hojas mustias y amarillentas, sus raíces deterioradas sobresalían del suelo, la tierra estaba tan seca como la arena.

Cuando Emilio trataba de procesar lo que veía, uno de los ordenanzas del rey se le aproximó.

—El rey ha dado instrucciones de que esos árboles sean revividos en dos días — dijo el ordenanza.

—¿Dos días! —Exclamó Emilio. —¿Cómo...?

—Dos días —repitió el ordenanza. —Ten, usa esto. —Le entregó una pala desgastada en las manos.

Emilio volteó hacia los endeble árboles frente a él, sus hombros caídos con resignación. —¿Qué hacer? —Empezó a trabajar.

Emilio trabajó el resto del día y de la noche, atendiendo cada árbol, nutriendo la tierra, reparando el terreno donde se encontraban. El sol durante el día caía a plomo e implacable y la humedad de la noche no era mucho mejor.

Al terminar el segundo día, Emilio estaba cubierto de tierra y completamente agotado. Pero, de alguna manera, milagrosamente, lo había logrado. La tierra estaba suave y húmeda de nuevo, los árboles, libres de las ramas y las hojas muertas mostraban nueva vida.

El rey miró desde el palacio con una expresión de descontento.

—¿Qué ocurre, mi señor? —preguntó el ordenanza. —¿No deseaba usted que Emilio resucitase esos árboles?

—No —respondió el rey. —Quería doblegarlo, así podría apoderarme de su tierra.

—Mi señor —dijo el ordenanza tímidamente —¿es eso necesario? Seguro que hay otra tierra que podría funcionar igual.

—¡No! —dijo el rey, quien a esas alturas ya estaba demasiado poseído por la avaricia como para oír razones. —Tú no viste esos olivos ni oliste ese aceite. Ve y dale más trabajo a ese hombre.

Y así fue por días, semanas y meses. El trabajo resultaba más y más laborioso, las tareas más y más disparatadas.

—Siembra ochenta arboles nuevos —el rey ordenaba. —Arranca ochenta más.

De alguna manera, Emilio se las arreglaba para hacer lo que se le pedía. Sin embargo, pensaba que sucumbiría a la presión con cada nueva tarea.

—¡Creo que el rey quiere que trabaje hasta que me caiga muerto!

—Emilio le dijo a su esposa una noche en la cena con la cabeza entre las manos.

—La vida era mucho mejor cuando solo éramos nosotros dos y nuestro huerto —se quejó.

—Sí, puede ser —dijo Helena. —¿Pero qué caso tiene mirar hacia el pasado? Éstas son las circunstancias de la vida ahora.

—Pues quiero escapar de estas circunstancias —dijo Emilio.

—¿Cómo vas a escapar? —preguntó Helena. —Los dominios del rey se extienden hasta donde alcanza la vista, así como el rigor de su ley.

—Debe haber una salida.

Helena era una mujer sensata e inteligente; —llevando a cabo el trabajo, encontrarás la salida Emilio. Debes cumplir con tu deber. No mires hacia adelante ni hacia atrás. Solo mantente trabajando.

Así, Emilio continuó trabajando. Se presentaba temprano en la mañana y se iba muy tarde en la noche. No importaba cuán grande fuera la tarea, cuán inconcebible pareciera, Emilio encontraba la forma de completarla.

—Esto no está funcionando —dijo finalmente el rey con un dejo de frustración a su ordenanza. —Tenemos que encontrar otra forma de deshacernos de este hombre.

—Hmmm,” respondió el ordenanza. —Tengo una idea. —Se la compartió al rey, quien asintió con la cabeza.

Al día siguiente, el ordenanza fue a ver a Emilio a los jardines.

—Hola, Emilio —dijo escuetamente el ordenanza. —Traigo una orden del rey.

—Sí, ¿cuál es?

—El rey dice, y lo cito: *“ve allá, a quién sabe dónde. Trae eso, quién sabe qué.”*

—¿Perdón? ¿Ir a dónde? —Preguntó Emilio, perplejo.

“Ve allá, a quién sabe dónde. Trae eso, quién sabe qué.”

Emilio miró boquiabierto a la ordenanza. —¿C-cómo se supone que voy a ir a un lugar que no sé cuál es? ¿Y a traer *quién sabe qué?*”

—Yo sólo transmito el mensaje —dijo el ordenanza. —Te deseo buena suerte —y se marchó.

Más tarde esa noche, Emilio le contó a su mujer el predicamento en el que se encontraba, de nuevo con la cabeza entre las manos.

—Ya sé que he dicho esto antes, pero, ahora en verdad esta es una tarea imposible —dijo Emilio: —*¿Ve allá, quién sabe a dónde? ¿Trae eso, quién sabe qué?*”

Helena hizo una mueca, pensativa. —*Es un acertijo* —respondió —Pero, puede haber alguien que te ayude.”

—¿Ah, sí? dijo Emilio, mirándola. —¿Y quién podría ser?

—Dicen que hay una sabia anciana de quien la gente habla. Dicen que ella ayuda a los que están... buscando.

—¿Y dónde puedo encontrar a esta mujer anciana sabia?”

—Nadie lo sabe con certeza, pero he escuchado que si caminas por todo el bosque hasta el final, y luego un poco más allá, podrás encontrar su casa.

Emilio la miró, no parecía convencido. —Escúchame —dijo Helena amablemente —tienes que ver a esta anciana y sabia mujer. Tengo la sensación de que ella podrá ayudarte.

Y, a pesar de sus preguntas y dudas, Emilio inició el viaje. Caminó a través del bosque y, después de haber salido de allí, siguió caminando y caminando, errante. Perdió la noción del tiempo. Estaba a punto de darse por vencido cuando a lo lejos, vio algo que parecía una pequeña cabaña. Una luz cintilaba en la ventana.

—¿Qué será eso? —se preguntó —¿la casa de la anciana y sabia mujer? —Corrió hacia la casa y tocó la puerta.

La puerta se abrió y, allí, de pie en el quicio, estaba una mujer coronada con cabello gris plata y el rostro surcado de arrugas. Parecía irradiar una luminosidad inexplicable, Emilio nunca había visto nada igual. Era como si el sol brillara a través de su ser, o quizá era la luna. En sus ojos destellaba el conocimiento.

—Dime, hijo —le oyó decir. Su voz era suave y profunda.

—Por favor, señora —dijo Emilio. —Espero que pueda ayudarme.

Por alguna razón, sintió que podía hablar con esta mujer, que si le decía su predicamento, ella entendería. Sin preámbulos, compartió con ella todo lo que había pasado: el rey haciéndolo trabajar hasta el punto del mayor agotamiento, las tareas que eran cada vez más imposibles de realizar y, finalmente, la instrucción de *ve allá, quién sabe a dónde. Trae eso, quién sabe qué.*

Cuando Emilio terminó de contar la historia, la mujer puso su mano en el hombro de Emilio y sonrió.

—Así que has llegado —dijo. —Espera aquí. —Desapareció en el interior de su casa.

Un momento después, regresó a la puerta portando un paquete en las manos. Estaba forrado esmeradamente en papel café

—¿Sabes dónde estás? —preguntó a Emilio.

—Estoy en su cabaña —contestó.

—Pero, ¿sabes dónde está mi cabaña?

—Supongo que ahora lo sé, pero antes no. A ver, a ver, ¡espere! Emilio dijo agitadamente. —Finalmente estaba entendiendo. —*Ve allá, a quién sabe dónde...*

—Sí, hijo mío —la sabia mujer agregó. —Ahora, ten esto.

Puso el paquete en sus manos. —Llévaselo al rey inmediatamente. Y si el rey te dice que eso no es lo que debías llevarle, le dices que llevarás el paquete al mar y lo destrozarás. Cuando te dirijas al mar, levantarás un palo y empezarás a golpear el paquete.

Emilio se le quedó mirando a la mujer.

—Bueno, vete ya —dijo la sabia mujer, sus ojos brillaban.

Emilio asintió despacio con la cabeza, su expresión era de perplejidad y esperanza. Le agradeció a la sabia y anciana mujer, e inició el largo camino de regreso.

Cuando finalmente llegó a los terrenos del palacio, el rey difícilmente podía creer lo que veían sus ojos.

—Su Majestad —anunció Emilio al entrar a la corte. He hecho lo que me pidió. He ido *allá, a quién sabe dónde*, y he traído *esto*. —Le mostró el paquete.

—¿Qué es eso? —preguntó el rey.

—No lo sé —respondió Emilio.

Dudoso, el rey tomó el bulto y le quitó el papel café. Dentro había una olla redonda con una delgada piel, como encerada y pegada encima, era un tambor.

El rey levantó el tambor hacia la luz, con el ceño fruncido.

—Debes haber ido al lugar equivocado —dijo rápidamente, devolviendo el tambor a Emilio. —Esto no es lo que debías traer. Y como no has cumplido con tu deber, enviaré a mis guardias a tomar posesión de tu tierra, tu cabaña, tus olivos... todo.

—Sí, su Majestad —dijo Emilio. —Pero, dado que traje algo equivocado, debo llevarlo al mar y destrozarlo. —Y antes de que el rey pudiera responder, Emilio salió de la corte.

En el camino a la playa, Emilio vio varios palos lisos al lado del camino. Recordó el consejo de la anciana y sabia mujer; levantó uno de ellos y empezó a golpear con fuerza el tambor.

¡Bum! Para ser un tambor tan pequeño, tenía un sonido notable. *¡Bum!* Emilio empezó a golpear con ritmo. *¡Bum!* El sonido parecía envolverlo. *¡Bum!* El sonido estaba dentro de él. *¡Bum!* El sonido se movía a través de él. *¡Bum!* ¿Acaso era el sonido él mismo?

Así, marchó al ritmo del tambor, con su consciencia atraída cada vez más profundo a su interior. El rey, las tareas imposibles, el miedo de perder su casa, de pronto todo era muy lejano. Su mente se aquietó. No había pensamientos, sólo el sonido, sólo el silencio.

Y si Emilio hubiera volteado a su alrededor, habría visto que, de hecho, una multitud se arremolinaba detrás de él. Ellos también eran transportados por el embriagante sonido del tambor; también marchaban acorde. Hasta los guardias a los que el rey había enviado a tomar posesión de los terrenos de Emilio, se detuvieron súbitamente y empezaron a moverse según sonido del tambor. El rey les gritaba, pero no había respuesta. Estaban escuchando una orden más poderosa que la de él.

Para cuando Emilio llegó a la playa, su cara estaba transfigurada por la luz. Todo su ser emanaba luminosidad. Con un último golpe al tambor, con un golpe cuyo sonido creó ondas que resonaron a través de todo el reino, Emilio rompió el tambor y arrojó los pedazos al mar.

— *Ve allá, quién sabe a dónde. Trae eso, quién sabe qué* — dijo susurró Emilio al agua.

Solo que ahora lo sabía: él siempre había estado allá. Él siempre había sido Eso.

